

FRAGMENTOS DE UNA ORACION

Que yo me permita mirar, escuchar, y soñar más.
Hablar menos.

Ver en los ojos de quienes me miran,
la admiración que me tienen...
y no la envidia que prepotentemente pienso que sienten.

Escuchar con mis oídos atentos y mi boca estática,
las palabras que se hacen gestos
y los gestos que se hacen palabras.

Saber realizar
los sueños que nacen en mi y por mi,
y conmigo mueren, por yo no saber que son sueños.

Que me quede dormido
cada vez que vaya a derramar lágrimas inútiles,
y despierte con el corazón lleno de esperanzas.

Que yo haga de mí, un hombre sereno
dentro de mi propia turbulencia,
sabio dentro de mis límites pequeños e inexactos,

Que yo me permita ser madre,
ser padre, y, si fuere necesario,
ser huérfano.

Que yo pueda amar y ser amado.
Que yo pueda amar aún sin ser amado,
hacer gentilezas cuando recibo cariños;
hacer cariños aunque no reciba gentilezas.

AMÉN

Acoger y Compartir

Viernes Santo

Pascua 2008 en El Hornico

PARA ORAR ANTE LA CRUZ

MERCEDES MARCOS SÁNCHEZ

*es profesora de lengua en la Facultad de Filología Hispánica
de la Universidad de Salamanca.*

ANTE LA CRUZ

Ante la cruz me llamas en tu agonía.

Ante la cruz me llamas.

Y he aquí que tropiezo con las palabras.

Porque si dices *ante* ¿no me pides, Señor,
sino que mire frente a frente la cruz y que la abrace?

Si te miro, Señor, y Tú me miras,
es un horno de amor lo que en ti veo,
y lo que veo en mí, Señor, no es nada,
nada, nada, Señor, sino silencio.

Un silencio vacío: si Tú lo llenas
se habrá hecho la luz en las tinieblas.

Y si en la cruz te abrazo y Tú me abrazas,
el silencio, Señor, es más palabra.

Ante la cruz, Señor, aquí me tienes,
ante la cruz, Señor, pues Tú lo quieres.

GETSEMANÍ

I

SOLEDAD EN GETSEMANÍ

Llegó Jesús con ellos a un huerto llamado Getsemaní y dijo a sus discípulos:
"Sentaos aquí, mientras yo voy más allá a orar". Y llevándose a Pedro
y a los dos hijos del Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia.
(Mt. 26, 36-37)

En la piedra del miedo se habían afilado las traiciones
y la noche de Jerusalén ya no escondía
la densidad del abandono.

El Maestro lo supo,
y no un presentimiento, una certeza
comenzó a golpearle contra la soledad.

Ahora la soledad no era
aquella extensión dulce donde encontrar al Padre,
ni era el campo de batalla donde el Hijo
de Dios fuera tentado como Hijo de Dios.

La soledad era una fuerza
incontenible: vaciaba de luz todas las casas del espíritu,
dolía como el frío cuando hiela la sangre.

La soledad mordiendo el corazón del hombre,
la soledad poniendo al descubierto
al hombre, solo al hombre.

(La soledad es una calle larga
que lleva a la tristeza).

Quiso salir de la ciudad. Bajo la luna
la espalda de los que se volvían era un incendio
que le abrasaba la memoria.

Acaso

fueran piadosos los olivos con su óleo
de intimidad donde resuena la palabra del Padre.

MI SEÑOR

Mi Señor, oh Señor, oh Señor, Señor,
yo quiero conocerte,
déjame aprender de Ti,
déjame saber, Señor, el camino entre Tú y yo.

Oh Señor, oh Señor, oh Señor, Señor,
sé lo que me contaron
o lo que leí de Ti,
sólo eso sé, Señor, del camino entre Tú y yo.

Señor, oh Señor, Señor,
invítame a seguirte,
que quiero encontrarte,
hoy quiero escuchar tu voz,
ven y enséñame, Señor, el camino entre Tú y yo.

Mi Señor, oh Señor, oh Señor,
quiero que me alumbres,
quiero conseguir tu luz,
quiero conocer, Señor, el camino entre Tú y yo.
Oh Señor, oh Señor, Señor.

Mi Señor, oh Señor, oh Señor, oh Señor,
quiero encontrarte,
quiero que me alumbres,
Oh Señor, oh Señor...

George Harrison

cuando en la cruz está muriendo un hombre,
ya solo sufrimiento y sangre,
cuando muere
el amado de Dios.

¿O acaso vuelve el rostro el cielo
también y es abandono
lo que creían sombra?
Pesa, pesa, pesa...

Pesa esta oscuridad
que hace crujir los hombros
mientras el ser se vence
inexorablemente hacia el abismo.

Esta tiniebla tiene
peso, longitud, altura,
y penetra en el alma
y duele y vela
la mirada de Dios en la distancia.

¿No hay otro modo, Señor, no hay otro modo
de morir, de vivir, que hacer a ciegas
esta larga jornada de camino?

Pues si ha de ser así, Señor, te pido
que al menos en la muerte no me falte
un bordón de plegaria: que no olvide
tu nombre dulce con el que llamarte.

IV EL GRITO

Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, entregó su espíritu (Mt.27, 50)

Un grito. Luego el silencio.
Y en silencio estoy aquí
mientras resucitas Tú
y resucitan los muertos.
¡Cristo, ten piedad de mí!

¡Oh paradoja del ascenso
donde los pies se hunden en el lodo del hombre!
¡Oh paradoja del conocimiento
donde todo es maraña de raíces!

Getsemaní no es una zarza ardiendo,
es la espesura sin piedad donde el hombre está solo,
desnudamente solo, sin asilo,
despojado del hombre, despojado de Dios.

Getsemaní no es óleo, es agonía,
es otra vez un campo de batalla donde el Hijo
del Hombre ha de enfrentarse
con todos los demonios del hombre:
el tedio, la amargura, la angustia, los peldaños
que van a dar al morir.

Getsemaní no es óleo. Es agonía:
y en el centro del huerto queda solo
un verdadero hombre verdadero
abrazado al silencio de Dios, pero obediente.

*Fiat, Señor, digo hoy contigo,
fiat, Señor, aunque me duela.*

II NO ERA EL SUEÑO, SEÑOR...

Bajo la luna llena encanecían los olivos.
La quietud era sólida y destilaba
un plomo ardiente que invadía los cuerpos.

El silencio se había vuelto mineral
y en la sangre aún rompían las palabras
anunciadoras y terribles
que se habían mezclado con el vino.

Regresó y volvió a encontrarlos dormidos,
pues sus ojos estaban cargados
(Mt. 26, 43)

No era el sueño, Señor, era el espanto
lo que subía río arriba del alma hasta los ojos:

era el espanto
de ver luchar a Dios y no hacer nada.

III EL BESO

Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.
(Mt. 26, 56)

En la piedra del miedo
se habían afilado las traiciones
y ahora iban subiendo entre las luces,
ensayando el más turbio, el más falso
de los besos.

¿Quién dijo que el amor era un abrazo?

Este beso no es beso, es un cuchillo
que asesina de lejos y emponzoña
el corazón de muchos
y lo cubre de la callosidad del abandono.

En el puente del beso se ha cumplido
lo que dijeron los profetas, pero
Señor te pido ahora que me quites
esa suerte de puente y que me dejes
del lado del amor, en tus orillas.

IV ORACIÓN PARA NO DORMIR

Pedro lo siguió de lejos
(Mt., 26, 58)

Oh, Señor, en esta hora en que también se confunde
la distancia con el miedo,
si Tú me ves que me aparto de tu agonía y que duermo
para no ver al que sufre ni ver mi interior desierto,
mírame, que yo te sigo, aun como Pedro de lejos.

Mírame y en tu mirada sostenme para que el fuego
de tanto amor me despierte siempre que me venza el sueño.

de mí, por mí,
también clavados para la eternidad.

¡Oh pies de Cristo
impresos sobre la arena de mi corazón!
¡Oh Cristo que atrajiste
hasta Ti el corazón de estas mujeres,
déjame ahora latir en su latido:
contemplarte.

II STABAT MATER

Estaba la madre al pie
de la cruz. La madre estaba.
Enhiesta y crucificada,
color de nardo la piel.

En el pecho el hueco aquel
que vacío parecía.
No me lo cierres, María
que quiero encerrarme en él,
que quiero encerrarme y ver
todo lo que tú veías.
Sé tú mi madre, María,
como lo quería Él.

III CIERRA EL CIELO LOS OJOS ...

Desde el mediodía hasta las tres de la tarde
la tierra se cubrió de tinieblas.
(Mt. 27, 45)

Cierra el cielo los ojos:
cae

la noche a plomo sobre el mediodía
de aquel viernes de abril en el Calvario.

No puede el cielo ser tan impasible

GÓLGOTA

I

EL CORAZÓN DE LAS MUJERES

Muchas mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea
para asistirlo, contemplaban la escena desde lejos.
(Mt 27, 55)

Estirándose sobre la distancia,
el corazón de las mujeres se hizo cruz en el Gólgota.

¡Oh corazón de las mujeres, cruciforme,
arca lúcida,
oscura estancia del amor y permanente
arcaduz del misterio!

¡Oh corazón de las mujeres,
prodigioso arroyo fiel que mana
desde el mar de Galilea hasta el Calvario!

¡Y más allá del Calvario, hasta los límites
verticales y alzados,
hasta la orilla de la fe donde se trueca
el destino del hombre!

Mujeres, con vosotras he visto
la salvación del mundo,
su rostro ensangrentado, la medida
de sus brazos abiertos,
la extensión de su abrazo,
que acerca hasta nosotros a dádiva incansable
de sus manos abiertas y horadadas para siempre.

Y he visto su corazón de par en par,
su corazón como una cueva dulce,
su corazón, abrigo para toda intemperie.

He visto con vosotras
los pies del redentor, nunca cansados
de venir hacia mí, también heridos

VÍA DOLOROSA

I

PARA DECIR LO QUE PASÓ AQUEL VIERNES...

... a Jesús, en cambio, lo hizo azotar
y lo entregó para que fuese crucificado.
(Mt.27,26)

Para decir lo que pasó aquel viernes
en los palacios de Jerusalén y en sus afueras
no bastan las palabras.

Por eso no hay
en las avenidas del relato
-Mateo, Marcos, Juan- sino una capa de misericordia,
un leve
y condensado recuerdo a los azotes.

Para decir lo que pasó aquel viernes
en los palacios de Jerusalén: la sangre,
los insultos, los golpes, la corona
de espinas,
los gritos, la locura, la ira desatada
contra el más bello y puro de los hombres,
contra el más inocente...

para decir lo que pasó aquel viernes
solo valen las lágrimas.

II

SIMÓN DE CIRENE SE ENCUENTRA CON LA CRUZ

Al salir encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón,
y le obligaron a que cargara con la cruz de Jesús.
(Mt. 27, 32)

Pesan los días y pesan los trabajos
y en las venas el cansancio es veneno
que apresura los pasos hacia el dulce reposo del hogar;

los pasos hacia el dulce
abrazo del amor y del sueño.

Ni siquiera
hay espacio en el alma para el canto
de un pájaro. Tampoco para el sordo
rumor que empieza a arder sobre el polvo en la plaza.

Viene Simón el de Cirene convertido
en pura sed, en pura materia de fatiga.

Esa cruz
le sobreviene como un alud de asombro
y rebeldía.

Pero
entre la náusea de la sangre sabe
que siempre hay un dolor que añadir al dolor.

Entre la náusea de la sangre mira
y encuentra esa mirada como un pozo
encendido,
como un pozo donde se funde el Galileo
con el dolor del mundo.

Apenas un instante y el abrazo
del corazón y la madera hasta la cima.

Vuelve Simón el de Cirene. Queda
una cruz en su piel.

Y una mirada.

III

MUJER EN JERUSALÉN

Lo seguía muchísima gente, especialmente
mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él.
(Lc. 23, 27)

Mis ojos suben por las calles de Jerusalén
bajo una lluvia de dolor, bajo una lluvia
que va a lavar el mundo.
Mis ojos suben arrimados a la cal de las paredes
mientras todo el fragor del sufrimiento
se hace eco en mis párpados.

Puedo sentir tu sed,
la quemazón de tus rodillas rotas
sobre los filos de la tierra.

Toma mi corazón, toma mis lágrimas,
déjalas que ellas laven tus heridas
ahora que soy mujer en Jerusalén y que te sigo.

Mis ojos se adelantan
por los empedrados de Jerusalén para encontrar los tuyos.
Y no hay en ellos rebeldía.

Bajo la cruz
Tú eras una antorcha de mansedumbre.
Derramabas
una piedad universal con cada aliento.

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí
(Lc.23,28)

¿Y cómo no llorar, Señor?
Déjame, al menos,
si no llorar por Ti, llorar contigo.